

mas aun, medir las con tal éxito que no habrá un solo visitante del Salón que la acuse de ambiciosa presunción. Lejos de ello, su poderoso ensayo es la prueba más concluyente de su distinguido talento, i su audacia está apenas al igual de su merecido triunfo.

La joven *Agripina Metelo condenada al suplicio*, yace encadenada en el fondo de una lóbrega prisión i aguarda su última hora con el abatimiento sin límites del que ya nada espera. El sentimiento de este cuadro es muy bien expresado, la triste expresión de la heroína es de lo más distinguido, la escena i la luz están dispuestas con indiscutible inteligencia, el colorido es suficiente i adecuado al asunto trágico del cuadro.

Pero cuanto más talento muestra un autor, tanto mayor derecho tiene el crítico para ser difícil i severo. Por este motivo nos permitiremos hacer algunas observaciones a la joven artista. Desde luego notamos poca novedad en la disposición jeneral del drama; la cabeza, muy buena de expresión, es pequeña como carácter, i el dibujo a veces no tiene toda la correcta elevación que corresponde al tema un tanto clásico del cuadro. Todo lo cual no impide que la obra que analizamos sea una de las mejores del Salón i la más vigorosa muestra de talento que entre nosotros haya dado una artista, realizando una obra histórica de difícilísima ejecución.

El pequeño *Interior en San Antonio* i un *Retrato-bosquejo* son dos interesantes trabajos de la señorita Aurora Mira que no hacen más que confirmarnos en nuestra buena opinión de su talento; el *Retrato-bosquejo*, en particular, es de un encanto femeníl extraordinario i de un tono delicioso.

La audacia es propia de la juventud, i *audaces fortuna juvat*. Los jóvenes Rafael Correa i Nicanor González M. ensayan también sus fuerzas en la pintura histórica, lo que es más, en el desnudo, i el desnudo de aire libre, lo cual da a sus cuadros un carácter enteramente moderno.

Correa espone un *Hijo Pródigo* i un *Ereilla* que, por dos aspectos muy diferentes nos dan a conocer las facultades del autor i nos hacen augurar a su talento el más brillante porvenir. El primero de estos cuadros es de una sencillez impregnada de gravedad i sentimiento que hace pensar en el libro sublime que lo ha inspirado. Pero el abatimiento de este personaje no tiene nada de común con el de *Agripina Metelo*. Para el dolor de ese descarrado hai todavía algún remedio: los pequeños retazos de azul que brillan en el cielo al través de los nublados nos indican una esperanza, así como el camino que serpentea en el extenso paisaje que se extiende hacia el fondo es acaso el que ha de conducir al arrepentido a la morada paterna cuando, las lágrimas de su arrepentimiento hayan conseguido borrar las manchas de sus estravíos.

Como dibujo, la figura pintada por Correa es, sin duda alguna, la más notable del Salón, i las finezas de su pincel no le ceden a ninguno en verdad i en delicadeza. Lo único que podríamos reprocharle, es la influencia sensible del maestro. Es preciso que el joven autor se esfuerce por encontrar un camino exclusivamente personal, lo que no tardará en suceder si hemos de juzgar por sus extraordinarios progresos.

Ya el *Ereilla*, inferior al cuadro anterior como dibujo, le es superior desde este punto de vista. Hai en este cuadro un no sabemos qué de muy joven que nos atrae, a pesar de sus pequeñas inesperecias. Fuera de estos trabajos capitales, Correa espone varios estudios notables de cabeza i paisajes, entre los cuales

son particularmente dignos de elogio los núms. 29 i 32 i sus tableros núms. 27 i 28.

Al lado de Correa i en la misma línea figuran Nicanor González M. con su dramático cuadro de *Galvarino*, de un movimiento verdaderamente feliz i expresivo i de un efecto pintoresco de los más picantes. La modulación del cuerpo del indio, aunque no se sostiene a igual altura en todas partes, es por trozos de una firmeza muy notable, i el claro oscuro del cuadro es sumamente feliz e interesante. Otra buena nota es que la influencia de Lira, el maestro de ambos jóvenes, es aquí menos sensible.

Entre los demás cuadros exhibidos por el autor no debemos pasar en silencio su hermoso paisaje núm. 50, que ya habia figurado con honor en el «Certamen Jeneral Maturana».

Salvo una que otra obra aislada, la pintura histórica nacional no ha producido en Chile sino ensayos o bocetos más o menos afortunados. La actual exposición manifiesta que esa pintura entra en un período más serio de estudio i de feliz ejecución. Se nota en ella un pensamiento i propósitos más vastos. Los artistas que se estrenan en tan difícil género han sabido entresacar del más lejano pasado de nuestra vida páginas interesantes i tipos gloriosos que, a pesar de su existencia verdadera, parecen pertenecer a la leyenda fabulosa.

VICENTE GREZ.



➤ DEL CRITERIO ARTÍSTICO ➤



UESTO que Uds. los artistas viven del público para el cual trabajan, no puede Ud. negarme a mi amigo mio, que el voto del público tiene su razón de ser en las obras de arte; fuera de que todo el que habla, habla para que se le entienda, a menos de ser un pedante insoportable, i Uds. al exhibirnos sus cuadros públicamente, lo hacen, sin duda alguna, con la intención de ser comprendidos i no con la de presentarnos una serie de jeroglíficos indescifrables.

He aquí donde estábamos de nuestra conversacion despues de media hora de escaramuzas. El diálogo continuó así:

Yo.—Es verdad, nosotros pintamos para que se nos entienda; pero ¿para que nos entienda quién? El público tiene voto, lo admitimos, pero ¿qué público? ¿Ud. o su cochero? puesto que es indudable que Ud. i su cochero no han de tener el mismo criterio en punto a obras artísticas. I si es evidente que lo que Ud. llama público en este caso es la clase social ilustrada, ¿por qué no hemos de preferir el voto de la clase ilustrada en pintura, compuesta de los artistas mismos, de los coleccionistas i de los críticos de arte?

MI AMIGO.—Alto aquí; esto es ponernos a la puerta sin la menor certésia. I yo pretendo que nos asiste el más completo derecho para estar dentro de ese templo que Ud. quisiera hacer misterioso i en el que solo querría Ud. admitir a los iniciados. El lenguaje del arte debe ser inteligible para todo el mundo como el lenguaje hablado.

Yo.—Si i nó. Vuelvo a lo que acabo de decirle: su vocabulario de Ud. i el de su cochero son muy diversos; el de Ud. es mucho más rico que el de su criado

i el de éste, a su vez, es más rico que el de un campesino. Este preferirá los cuernitos de Berriollo al Quijote, las décimas de uno de sus payadores a los versos de Espronceda.—Hai mucho más todavía. El vino se hace indudablemente para ser bebido, pero todo el mundo no es buen catador, si bien es cierto que todo el mundo tiene paladar: los guisos se hacen para ser comidos, pero el inquilino de su hacienda de Ud. preferirá el valdiviano a las trufas. I si es evidente que se necesita un cierto aprendizaje para saber apreciar un vino o un plato de comida, ¿ cree Ud. que se necesita menos para saber apreciar una obra artística?

MI AMIGO.—Esto es venir en mi auxilio, porque si un hombre de la buena sociedad tiene derecho a pronunciarse en vinos i en bucólica, es porque la costumbre de comer i beber bien ha perfeccionado su paladar, i por la misma razón, la costumbre que tiene de ver, de considerar i de discutir objetos de arte, a causa del medio en que vive, le da derecho a pronunciarse igualmente en materia de arte.

Yo.—Perfectamente, i yo soi el primero en admitirlo siempre que este voto se halle de acuerdo con el de los inteligentes. Mas, si el voto del simple hombre de sociedad está en desacuerdo con el de los coleccionistas, de los autores i demás jente que se ocupa especialmente del arte, el voto más ilustrado será el preferible i el que prevalecerá a la larga. Luego, como nada hai mejor que los hechos para probar una cosa, aquí tiene Ud. algunos datos. Delacroix no obtuvo en toda su vida el favor del público, i todavía los ingleses que hemos visto recorrer el museo de Versalles pasan indiferentes con su guía delante de la obra maestra del grande artista sin mirar más que las composiciones ya demodadas de Horacio Vernet, lo que no impide que Delacroix sea considerado como el jefe de la escuela francesa moderna i que sus obras suban de valor día por día. Corot, el misterioso paisista, no principió a tener aceptación en el público sino despues de los sesenta años. Millet murió sin conseguirla, lo que tampoco impide que figure su nombre entre los más gloriosos i que su pequeño cuadro *El Angelus* (el toque de oraciones) vendido por él en 1.500 francos haya pasado despues por las ventas públicas, primero en 30.000 francos, luego en 80.000, despues en 120.000, i finalmente en 200.000 francos. ¿Estrañas transformaciones del criterio del público!

MI AMIGO.—Ud. se defiende bien, sin duda alguna. ¿Es lástima que la opinión de los artistas sea tan poco uniforme, pues aquí, como en Europa, mientras unos nos dicen blanco, nos gritan los otros, negro. I es que el voto de los artistas es un voto interesado. Uds. viven en agrupaciones enemigas entre sí, i, como es muy natural, cada cual sostiene al de su bando. Pero, ¿cuál bando es el bueno? Esto solo Dios lo sabe.

Yo.—Me parece que no: yo pienso que Uds., público, también lo sospechan, a juzgar por el lado a que se inclinan visiblemente sus simpatías en todos los casos en que la lucha se presenta.

MI AMIGO.—Ud. se contradice, pues acaba de asegurarme que Delacroix, Corot i Millet no han tenido el apoyo del público.

Yo.—Sí, durante cierto tiempo, que en esos casos fué desgraciadamente muy largo, pero el público volvió, al fin, de su error i ahora los aclama triunfalmente. En suma, los intereses personales pueden torcer el juicio de tal o cual individuo, pero del choque de esos mismos intereses saldrá la luz, porque la parte más ilustrada de la sociedad, esto es, los hombres que poseen conocimientos especiales i que no se hallan

comprometidos directamente, prestarán sin esfuerzo su poderoso apoyo a la justicia. Uds., la jente de mundo, aunque hayan pensado de otro modo en el principio, van reformando paulatinamente sus juicios por medio de la discusion inteligente i al cabo de pocos años piensan como el artista.

MI AMIGO.— No siempre; i yo pienso que en el caso en cuestion.....

Íbamos en este punto cuando entraron dos caballeros de poca confianza que buscaban a mi amigo por negocios i le cortaron la palabra.

Yo me retiré pensando en la última estrofa de una de las mas conocidas doloras del sutil i profundo Campoamor:

«Calló; i a una cortesía
Que hizo al pueblo el rei, de pié,
Todo el concurso aquel día,
Creyendo lo que creía,
Por donde vino se fué.»

P. LIRA.

LA VIUDA DE UN GRANDE HOMBRE

CUANDO se supo que se volvía a casar, nadie se asombró. A pesar de su jenio, quizás a causa de su jenio, el grande hombre le habia procurado quince años de dolorosa existencia, atravesada de caprichos, de fantasías ruidosas, de que Paris se ocupaba en otro tiempo. En el gran camino de gloria que él habia recorrido triunfalmente i con presteza, como los que mueren jóvenes, ella le habia seguido temerosa i humilde, sentada en un rincón del carro, temiendo siempre un choque. Cuando ella se quejaba, padres, amigos, todo el mundo estaba en contra suya: «Perpetua su del iludido», le decian, —son las debilidades de un dios. No le turbeis, no le molesteis. Pensad en que vuestro marido no es únicamente vuestro. Pertenece mas al país, al arte que a la familia.... I ¡quién sabe si cada una de las faltas que vos le reprochais no le ha valido sus mas sublimes obras!... Al fin, sin embargo, harta de tanta paciencia, tuvo rebeliones, indignaciones, injusticias, de tal manera que, en el momento en que el grande hombre murió, estaban prontos a pedir separacion i a llevar su gran nombre célebre a la tercera página de los diarios de escándalo.

Despues de las agitaciones de esa union degraada, de las inquietudes de la última enfermedad i del golpe súbito de la muerte que habia despertado por un instante su afecto primitivo, los primeros meses de viudez procuraron a la jóven el mismo efecto saludable i tranquilizador de una estacion de baños. El retiro forzoso, el encanto tranquilo del dolor apaciguado le dieron a los treinta i cinco años una segunda juventud casi tan seductora como la primera. Por otra parte, el negro le sentaba bien; luego, tenia el aire responsable, un poco altivo de una persona cargada con todo el honor de un gran nombre que llevar. Muy celosa de la gloria del difunto, —esa gloria mal-dita que le habia costado tantas lágrimas i que ahora crecia de dia en dia como flor espléndida alimentada por la tierra negra de la tumba, —se la veia, envuelta en largos i sombríos velos, en casa de los directores

de teatro, de los editores, ocupándose de las órdenes de su marido, vigilando la impresion de las obras póstumas, de los manuscritos inconclusos, i llevando a todos esos detalles una especie de cuidado solemne i como un respeto del santuario.

Fué en ese momento cuando su segundo marido la encontró. Él tambien era músico, mas o ménos desconocido, autor de melodías, de valsos i de dos pequeñas partituras, deliciosamente impresas, que no fueron puestas en escena ni vendidas. Con una presencia amable i una hermosa fortuna que poseía de una familia excesivamente burguesa, tenia, sobre todo, el supremo respeto por el jenio, la curiosidad por los hombres célebres i la injenuidad entusiasta de los artistas jóvenes aun. Así, cuando le señalaron la señora del maestro, se sintió deslumbrado. Era como la imájen misma de la musa gloriosa que pasaba. Se enamoró súbitamente, i como la viuda principiara a recibir un poco al mundo, se hizo presentar en su casa. Allí su pasion aumentó con la atmósfera de jenio que aun flotaba en los salones. Era el busto del maestro, el piano en que componia, sus partituras esparcidas por los muebles, melodiosas aun a la mirada, como si en sus hojas entreabiertas las frases escritas sonaran aun.... El encanto mui real de la viuda, señalado por este recuerdo como en un marco que le iba bien, acabó por dejarlo locamente enamorado.

Despues de largas vacilaciones, el buen muchacho concluyó por declararse, pero en términos tan humildes, tan tímidos.... Sabia cuán poca cosa era para ella.... Comprendia todo el sentimiento que habia en cambiar un nombre ilustre, como el suyo, por otro desconocido i humilde... I mil otras injenuidades de este jénero.

En el fondo del alma, la dama estaba orgullosa de su conquista, pero representó, sin embargo, la comedia del corazon gastado: tomó el aire desdenosamente aburrido de la mujer cuya existencia ha terminado sin esperanza alguna. Ella, que nunca habia estado tan tranquila como despues de la muerte de su grande hombre, habia todavia lagrimas para llorarle i un ardor entusiasta para hablar de él. Esto, bien entendido, no hizo mas que exaltar a su jóven adorador i hacerle mas elocuente, mas persuasivo.

En suma, esa viudez severa concluyó en matrimonio; pero la viuda no abdicó, i continuó—aunque casada—mas que nunca viuda de un grande hombre, comprendiendo mui bien que, a los ojos de su segundo marido, su verdadero prestigio estaba en eso. Como le sabia mas jóven que ella, para que él no lo notara, le agoviaba con su desden, con una especie de compasion vaga, con un sentimiento por su nuevo matrimonio indecible e hiriente. Pero él no se ofendia; por el contrario, se hallaba tan convencido de su inferioridad i hallaba tan lójico que el recuerdo de semejante hombre se hubiera instalado despóticamente sobre su alma.... Para conservarle en su humilde actitud, releia a veces con él las cartas que el maestro le escribia al hacerle la corte. Esa vuelta al pasado la rejuvenecia de quince años, le daba el desplante de la mujer hermosa, amada, mimada a traves de todos los ditirambos amorosos, de la exajeracion encantadora de la palabra escrita. De si ella habia cambiado despues, su marido se inquietaba poco, la adoraba por se ajena, sacando de aquí no sé qué extraña vanidad. Le parecia que aquellas súplicas apasionadas se agregaban a las suyas i que heredaba todo un pasado de amor.

¡Curiosa pareja! Lo divertido era verles en el mundo. Les divisaba muchas veces en el teatro. Nadie

hubiera reconocido allí la jóven dulce, un poco tímida, que acompañaba en otra época al maestro, perdida en la sombra gigantesca que se formaba junto a él. Ahora, derecha en su palco, se mostraba, atraía las miradas con orgullo. Se hubiera dicho que llevaba en la cabeza la aureola del primer marido, cuyo nombre resonaba alrededor de ella como un homenaje o como un reproche. Él, sentado un poco atras, con la fisonomía diligente de los sacrificados de la vida, observaba sus movimientos atento a su menor palabra.

En su interior, ese jiro estrayante estaba mas señalado aun. Recordó una tertulia que dieron algun tiempo despues del matrimonio. El marido circulaba entre la multitud de los invitados, orgulloso i embarazado al reunir en su casa tanta jente. La mujer, desdenosa, melancólica, superior, era aquella noche viuda de un grande hombre como no es posible serlo mas. Tenia cierta manera de mirar a su marido de alto abajo, de llamarle *mi pobre amigo*, agobiándole con cargas de recepcion, como decianle: *Vid. solo sirve para eso*. Alrededor de ella estaba el cenáculo de los amigos de otro tiempo, de los que asistieron al brillante estreno del maestro, a sus luchas i a sus victorias. Con ellos sentaba, se quitaba muchos años. ¡La habian conocido tan jóven! Casi todos la llamaban *Anais* por su nombre, simplemente. Era un verdadero cenáculo adonde se acercaba el pobre marido para oír hablar de su productor. Le recordaban las glorias primeras, esta noche de batallas, ganadas casi siempre, luego las manías del grande hombre, su manera de trabajar, cuando, para hallar la inspiracion, queria junto a él a su señora, adornada, recordada... —¡Oh! recuerdas, Anais?... I Anais suspiraba i se reahorizaba.

De aquel tiempo databan sus hermosas piezas amorosas, *Saronarola* especialmente, la mas apasionada, con su gran dúo de claros de luna, de perfumes de rosa i trinos de ruiseñor. Un entusiasta la tocó en el piano, en medio del silencio jeneral. Con la última nota de aquel trozo admirable, se deshizo ella en lágrimas.—No puedo contenerme.—esclamó,—no puedo escucharlo sin llorar. Los amigos del difunto, rodeando a su simpática viuda en sus pésames, vinieron uno tras otro, como en la ceremonia fúnebre, a darle un apretón de manos.

—Vamos, vamos, Anais, valor.

I lo mas célebre es que el segundo marido, de pié, junto a su mujer, con aire conmovido, emocionado, distribuía apretones de mano i participaba del pésame.

—¡Qué jenio! ¡qué jenio!—decia limpiándose los ojos.

Aquello era enternecedor i cómico a la vez.

ALFONSO DAUDET.

AL ARTE

Del alma humana,
Viuda creacion que surges bello
De la mente del jenio soberano
Como surge la luz de la mañana
Que sus rayos destella
De la cunbra que altísimo descuella